



El mundo Supl. 25-10-1998 P2. 126-127 DEBOPE 8601 146686

Anatomía bajo Siete Velos

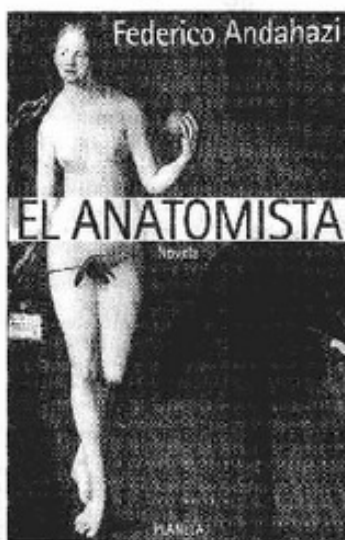
El Anatomista

Federico Andahazi. Editorial Planeta, Buenos Aires, 1997. 282 páginas.

por Javier Edwards Renard

La historia ha servido de inspiración válida y respetable para un número significativo de novelas memorables de todos los tiempos. Y si aproximaciones al pasado existen muchas, no siempre es posible afirmar que a través de la novela —espacio en que finalmente prima la libertad de la ficción— el propósito sea exclusivamente una relectura del vestigio, un ejercicio interpretativo de fondo capaz de verbalizar el límite de lo oculto. En el marco ofrecido por los distintos tipos de narración histórica es posible encontrar desde historiadores que recurren a estrategias narrativas literarias (George Duby, Jacques Le Goff y los Anales franceses) hasta novelistas que se apoyan en historia y ficción para desarrollar lecturas personales de un período determinado (Marguerite Yourcenar, Alejo Carpentier, Fernando del Paso, mínima muestra de una lista interminable y diversa). Entre ambos extremos, el caso de aquellos escritores que llegan a la historia no por interés en ella misma, sino por sus virtudes como mero decorado del ejercicio narrativo formal o soporte para incorporar una reflexión de naturaleza totalmente diversa. Entonces, si la amistad entre historia y novela ha sido fértil a lo largo y ancho de sus variaciones, en el caso de relatos como **El Anatomista**, del argentino Federico Andahazi, cabe preguntarse por la eficiencia con que la última se vale de la primera.

Andahazi escribe bien, ha estudiado adecuada y superficialmente los antecedentes necesarios para describir de modo reconocible el siglo XVI en que inyecta su trama. Asimismo, deja en evidencia que su relato busca sorprender, o escandalizar al lector sensible, con una lectura estrecha de la sexualidad femenina. La idea no es mala y se anuncia correctamente: Mateo Renaldo Colón —médico renacentista, presunto paciente del conocido Cristóbal— ha descubierto su América, sin más viaje que el de su experiencia sexual y el encuentro con una mujer, lo suficientemente dotada como para revelar los secretos de lo que llamará Amor Veneris y no es sino el aleph del cuerpo femenino desde donde se puede controlar su veladoso carácter. Lo mismo que el tropieza del navegante genovés con las Indias Occidentales, éste debería considerarse un descubrimiento mayor. Atractivo el punto de partida, en tanto permite imaginar la génesis de un



descubrimiento médico y, al mismo tiempo, avanzar una mirada sobre el secreto que para todo hombre conlleva el eterno femenino. Desgraciadamente, el proyecto de Federico Andahazi se queda en el mero intento y así de frustrada resulta la curiosidad de los lectores más entusiasmados.

La primera falla de esta novela es que, a poco andar, resulta obvio que el escritor no sabe cómo llegar a su meta. Desde la primera página, el narrador nos informa del descubrimiento de Mateo Colón, de su envergadura y consecuencias: "El siglo XVI fue el siglo de las mujeres. La semilla que cien años antes sembrara Christine de Pisan florecía en toda Europa con el dulce perfume de **El dictado de los verdaderos amantes**. No es en absoluto casual que el descubrimiento haya tenido lugar en el tiempo y en el lugar donde aconteció...". Sin embargo, mantiene al lector en un forzado suspenso por largas 140 páginas (de un total de 277) en las que sólo tenemos un avance de algo grandioso que está por revelarse. Como en el discurso encendido de ciertos predicadores religiosos que hablan de un Dios presente y que no es sino mero anticipo, para parábola, anatema implacable y metáfora insistente, Andahazi se aplica en atrasar el

momento de su revelación. Y en el ejercicio dilatorio, hasta logra dibujar una historia de amor —la de Mateo Colón por la prostituta Mona Sofía— que sin la interferencia de tanto subterfugio narrativo habría tenido el protagonismo que merecía. Frente a la obsesión de Colón por su insalvable cruz, la búsqueda de una clave para dominar su voluntad, representada en su investigación del Amor Veneris, resulta demasiado ingenio o simplemente más allá de su capacidad narrativa.

Avanzar y retroceder en el tiempo del relato, sin producir confusión en el lector, es un logro modesto y hasta innecesario si pensamos en buena literatura. Por eso, cuando **El Anatomista** despliega ordenados saltos, se extraña aquel que hubiese radicalizado el tono de la historia, involucrando al lector en un descubrimiento más serio que el de ciertas acrobacias sexuales. Después de la danza de los siete velos que ejecuta Andahazi, sólo queda una bailarina de carnes magras y es que, si lo que se quería era reinventar la historia del clitoris —que ya los griegos llamaban *klaitoris* y no era tan nuevo en el siglo XVI— el autor debió evitar su temor frente al hecho anunciado y abordar el órgano femenino desde la anatomía y psicología contemporánea, emprendiendo una reformulación —un viaje a la semilla— que devolviera a lo obvio, hoy día, su secreto misterio intrínseco (magistral en contraste resulta el **Opus Nigrum**, de M. Yourcenar). Y ese camino de regreso, para volverse plausible, quizá habría requerido algo más que el fortuito y postergado encuentro con la dotada doña Inés de Torremolinos o el conjunto de claves históricas que plagan el relato (el tono documental y la escenografía eclesiástica con Inquisición incluida). Si la novela de Andahazi buscaba reelaborar un viaje iniciático debió profundizar los ritos y símbolos que constituyen la esencia de la ceremonia, o quizás buscar más el misterio que el suspenso y descubrir, con mirada más perspicaz, la raíz oculta del temperamento femenino.

No es que **El Anatomista** resulte imposible de leer, no obstante su falta de poesía, sino más bien que o se quedó en las buenas intenciones, o se pasó de ambiciosa, o Andahazi se tricionó a sí mismo, sacrificando una buena idea por un envoltorio más aparatoso que consistente. Y si usted podrá leerla con facilidad, a ratos con sorpresa o escándalo de buen tono, finalmente sentirá que le habría sacado más partido a la historia de Colón —el paciente médico—, a su descubrimiento renacentista y a una historia de amor imposible y fatal que pintaba para clásico. Pero, lo que natura no da, como se sabe, nadie lo presta y éste, me temo, puede ser el caso.

Anatomía bajo siete velos [artículo] Javier Edwards Renard.

AUTORÍA

Edwards, Javier

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Anatomía bajo siete velos [artículo] Javier Edwards Renard. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile